



www.loqueleo.com/es

Título original: CHARLIE AND THE GREAT GLASS ELEVATOR

© 1972, Roald Dahl Story Company.

Roald Dahl es una marca registrada de The Roald Dahl Story Company Ltd.

© 1995, Quentin Blake

© De la traducción: 1985, Maribel de Juan

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-130-2

Depósito legal: M-37.838-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: noviembre de 2019

Más de 36 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Charlie y el gran ascensor de cristal

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleg

*Para mis hijas Tessa, Ophelia y Lucy
y para mi ahijado Edmund Pollinger.*

El señor Wonka va demasiado lejos

9

La última vez que vimos a Charlie, este volaba por encima de su ciudad natal en el gran ascensor de cristal. Apenas un momento antes, el señor Wonka le había dicho que toda la gigantesca y fabulosa fábrica de chocolate era suya, y ahora nuestro pequeño amigo regresaba triunfante con toda su familia para hacerse cargo de ella. Los pasajeros del ascensor —para refrescaros la memoria— eran:

Charlie Bucket, nuestro héroe.

El señor Willy Wonka, fabricante de chocolate extraordinario.

El señor y la señora Bucket, los padres de Charlie.

El abuelo Joe y la abuela Josephine, los padres del señor Bucket.

El abuelo George y la abuela Georgina, los padres de la señora Bucket.

La abuela Josephine, la abuela Georgina y el abuelo George aún seguían en la cama, y esta había sido empujada a bordo un momento antes de despegar. El abuelo Joe, como recordaréis, se había levantado de la cama para acompañar a Charlie en su visita a la fábrica de chocolate.

10 El gran ascensor de cristal se hallaba a trescientos metros de altura, deslizándose suavemente. El cielo era de un brillante color azul. Todos los que iban a bordo estaban muy emocionados ante la idea de ir a vivir a la famosa fábrica de chocolate.

El abuelo Joe cantaba.



Charlie
daba brincos.



El señor y la señora
Bucket sonreían por primera vez en muchos años.

Y los tres ancianos en la cama se miraban sonriendo con sus rosadas encías desdentadas.



11

—¿Qué es lo que mantiene en el aire a este endemoniado aparato? —graznó la abuela Josephine.

—Señora —dijo el señor Wonka—, esto ya no es un ascensor. Los ascensores suben y bajan solo dentro de los edificios. Pero ahora que nos ha hecho subir hasta el cielo, se ha convertido en el GRAN ASCENSOR DE CRISTAL.



—¿Y qué es lo que lo mantiene en el aire? —preguntó la abuela Josephine.

—Ganchos celestiales —respondió el señor Wonka.

—Me asombra usted.

—Querida señora —dijo el señor Wonka—, todo esto es nuevo para usted. Cuando lleve un poco de tiempo con nosotros, nada le asombrará.

—Esos ganchos celestiales... —continuó la abuela Josephine—, supongo que dos de sus extremos están enganchados a este aparato, ¿verdad?

12

—Exacto.

—¿Y dónde están enganchados los otros dos extremos?

—Cada día me vuelvo más sordo. Por favor, recuérdeme que tengo que llamar a mi médico en cuanto volvamos.

—Charlie —dijo la abuela Josephine—, creo que no me fío demasiado de este caballero.

—Ni yo —añadió la abuela Georgina—. Es muy evasivo.

Charlie se inclinó sobre la cama y les susurró algo a las dos ancianas.

—Por favor, no lo arruinéis todo. El señor Wonka es un hombre fantástico. Es mi amigo. Yo le quiero.

—Charlie tiene razón —murmuró el abuelo Joe, uniéndose al grupo—. Cállate, Josie, y no nos crees problemas.

—¡Debemos darnos prisa! —exclamó el señor Wonka—. ¡Tenemos tanto tiempo y tan poco que hacer! ¡No! ¡Esperen! ¡Borren eso! ¡Denle la vuelta! ¡Gracias! Y ahora, ¡volvamos a la fábrica! —gritó, dando una palmada y saltando unos sesenta centímetros en el aire con ambos pies—. ¡Volvamos volando a la fábrica! Pero, antes de bajar, debemos subir. ¡Debemos subir cada vez más arriba!

—¿Qué os dije? —les preguntó la abuela Josephine—. ¡Este hombre está loco!

—Cállate, Josie —el abuelo Joe la reprendió—. El señor Wonka sabe exactamente lo que está haciendo.

—¡Está más loco que una cabra! —exclamó la abuela Georgina.

—¡Tenemos que ir más alto! —el señor Wonka no paraba de gritar—. ¡Tenemos que ir mucho más alto! ¡Sujetaos el estómago! —Y apretó un botón marrón.

El ascensor se agitó convulsivamente y luego, con un tremendo sonido de succión, se elevó verticalmente como un cohete. Todos se aferraron los unos a los otros y, a medida que el inmenso aparato ganaba velocidad, el rugiente sonido del

viento se hizo cada vez más fuerte y cada vez más ensordecedor, hasta que se convirtió en un agudo chillido, y todos se vieron obligados a gritar para hacerse oír.

—¡Deténgalo! —gritó la abuela Josephine—. ¡Joe, obligale a detenerlo! ¡Quiero bajarme!

—¡Sálvanos! —chilló la abuela Georgina.

14

—¡Baje! —le ordenó el abuelo George.

—¡No, no! —el señor Wonka se negó—. ¡Tenemos que subir!

—Pero ¿por qué? —preguntaron todos a la vez—. ¿Por qué subir y no bajar?

—¡Porque cuanto más alto estemos cuando empecemos a bajar, más deprisa iremos cuando choquemos! Debemos ir echando chispas de rápidos cuando choquemos.

—¿Cuando choquemos contra qué? —gritaron todos.

—Contra la fábrica, por supuesto.

—¡Usted debe de estar trastornado! —añadió la abuela Josephine—. ¡Nos haremos pedazos!

—¡Nos estrellaremos como huevos! —dijo la abuela Georgina.

—Ese es un riesgo que tenemos que correr.

—Bromea usted —dijo la abuela Josephine—. Díganos que está bromeando.

—Señora, yo nunca bromeo.

—¡Oh, queridos! —gritó la abuela Georgina—. ¡Nos *lixivaremos* todos y cada uno de nosotros!

—Es lo más seguro —dijo el señor Wonka.

La abuela Josephine dio un grito y desapareció debajo de las sábanas. La abuela Georgina se aferró tan fuertemente al abuelo George que este cambió de forma. El señor y la señora Bucket se abrazaron, mudos de miedo. Solo Charlie y el abuelo Joe mantuvieron moderadamente la calma. Conocían mucho mejor al señor Wonka y ya se habían acostumbrado a las sorpresas. Pero a medida que el gran ascensor seguía ascendiendo a toda velocidad, cada vez más lejos de la Tierra, hasta Charlie empezó a ponerse un poco nervioso.

—¡Señor Wonka! —gritó por encima del estruendo—. Lo que no comprendo es por qué tenemos que bajar a una velocidad tan tremenda.

—Mi querido muchacho, si no bajamos a una gran velocidad, jamás conseguiremos atravesar el tejado de la fábrica. No es fácil hacer un agujero en un tejado tan resistente como ese.

—Pero en el tejado ya hay un agujero. Lo hicimos al salir.

—Entonces haremos otro. Dos agujeros son mejor que uno. Cualquiera puede decírtelo.

El gran ascensor de cristal subía cada vez más alto, y no tardaron en ver los países y océanos de la Tierra extendiéndose debajo de ellos como un mapa. Era todo muy hermoso, pero cuando se está de pie en una plataforma de cristal, mirar hacia abajo puede resultar muy desagradable. Hasta Charlie empezaba a estar asustado. Agarró fuerte la mano del abuelo Joe y le miró con ansiedad.

—Tengo miedo, abuelo.

El abuelo Joe abrazó a Charlie y le estrechó contra sí.

—Yo también, Charlie.

—¡Señor Wonka! —gritó Charlie—. ¿No cree que ya hemos subido lo suficiente?

—Casi, casi. Pero no del todo. No me hablen ahora, por favor. No me molesten. Tengo que vigilarlo todo con mucha atención. Coordinación absoluta, muchacho, eso es lo que necesitamos. ¿Ves este botón verde? Debo apretarlo exactamente en

el momento preciso. Si lo hago con un segundo de retraso, subiremos demasiado alto.

—¿Qué ocurre si subimos demasiado alto?
—preguntó el abuelo Joe.

—¡Por favor, cállense y dejen que me concentre!

En ese momento la abuela Josephine sacó la cabeza de debajo de las sábanas y miró desde el borde de su cama. A través del suelo de cristal vio América muchísimos kilómetros más abajo, no más grande que un caramelo.

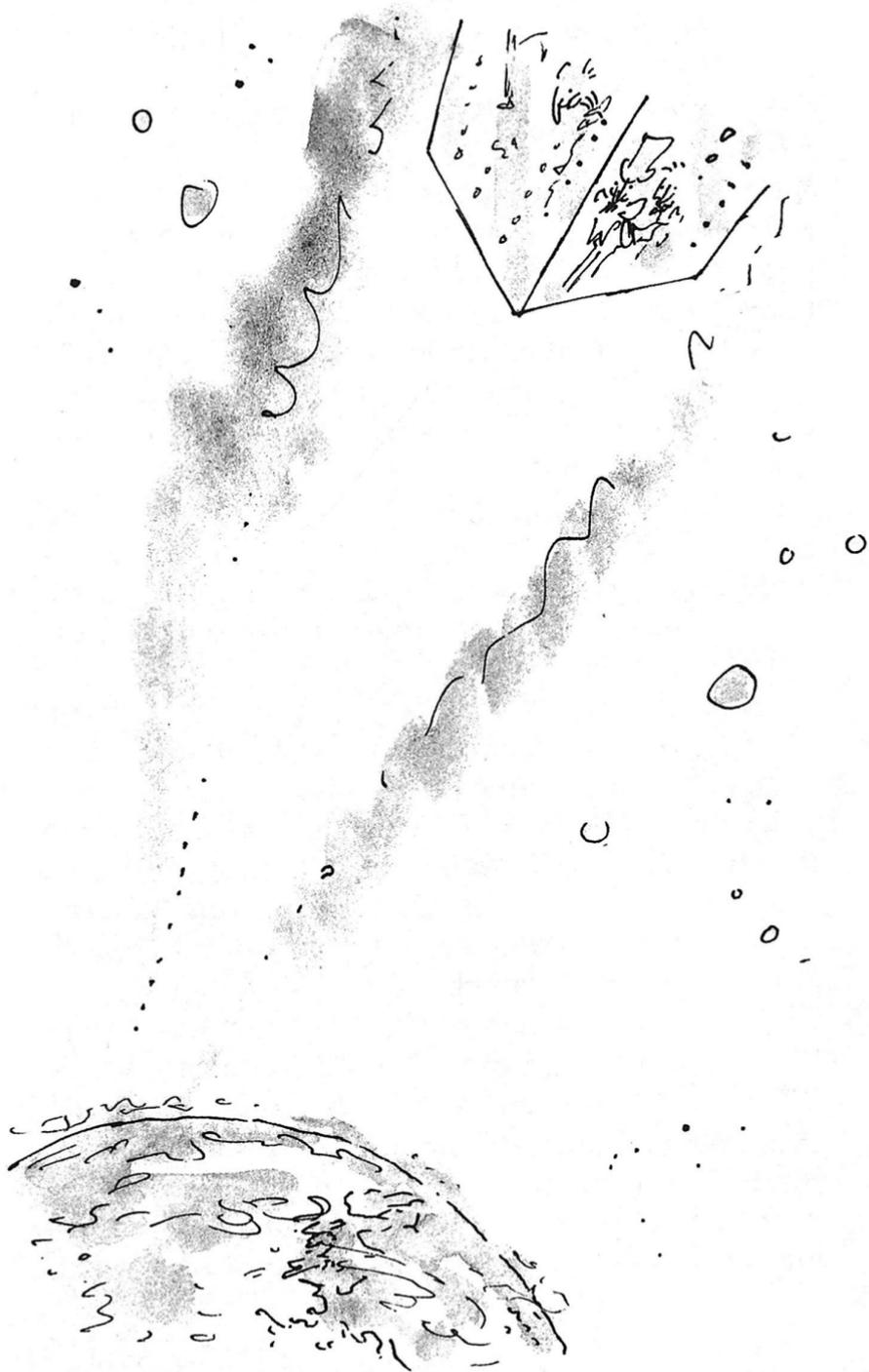
—Alguien tiene que detener a este maniaco —chilló, y con su arrugada mano, agarró al señor Wonka por la cola de su frac y le hizo caer sobre la cama.

—¡No, no! —gritó este, luchando por liberarse—. ¡Suélteme! ¡Tengo cosas que hacer! ¡No moleste al piloto!

—¡Usted está loco! —chilló la abuela Josephine, sacudiendo tanto al señor Wonka que su cabeza se hizo borrosa—. ¡Llévenos a casa inmediatamente!

—¡Suélteme! ¡Tengo que apretar ese botón o subiremos demasiado! ¡Suélteme! ¡Suélteme!

Pero la abuela Josephine no lo soltó.



—¡Charlie! —gritó el señor Wonka—. ¡Aprieta el botón! ¡El verde! ¡Deprisa, deprisa!

Charlie dio un salto y apretó con todas sus fuerzas el botón verde. Pero al hacerlo el ascensor lanzó un poderoso gemido y se tumbó sobre un costado, y al ensordecedor sonido del viento le sucedió un silencio ominoso.

—¡Demasiado tarde! —gritó el señor Wonka—. ¡Oh, Dios mío, estamos listos!

19

Mientras hablaba, la cama, con los tres viejos dentro y el señor Wonka encima, se elevó suavemente del suelo y se quedó suspendida en el aire. Charlie, el abuelo Joe y el señor y la señora Bucket también empezaron a flotar hacia arriba, de modo que en menos que canta un gallo la familia completa, además de la cama, estaban suspendidos como globos de gas dentro del gran ascensor de cristal.

—¡Y ahora mire lo que ha hecho! —dijo flotando el señor Wonka.

—¿Qué ha pasado? —exclamó la abuela Josephine. Había salido flotando de la cama y se balanceaba en camisón cerca del techo.

—¿Hemos ido demasiado lejos? —preguntó Charlie.

—¿Demasiado lejos? —gritó el señor Wonka—.
¡Ya lo creo que hemos ido demasiado lejos! ¿Saben
lo que ha pasado, amigos míos? ¡Hemos entrado
en órbita!

Los demás se quedaron mirándole sin aliento.
Estaban demasiado asombrados para hablar.

20



—En este momento estamos girando alrededor
de la Tierra a diecisiete mil kilómetros por hora
—dijo el señor Wonka—. ¿Qué les parece?

—¡Me ahogo! —gritó la abuela Georgina—. ¡No puedo respirar!

—Claro que no puede. Aquí no hay aire. —Se acercó, como nadando por debajo del techo, a un botón que decía oxígeno. Lo apretó—. Ahora ya no tendrán problemas. Respiren.

—Es una sensación muy extraña —dijo Charlie, nadando en derredor—. Me siento como una burbuja.

21

—¡Es fantástico! —exclamó el abuelo Joe—. Me siento como si no pesara nada.

—Así es —dijo el señor Wonka—. Ninguno de nosotros pesa nada. Ni siquiera una onza.

—¡Qué tontería! —dijo la abuela Georgina—. Yo peso setenta y dos kilos exactamente.

—Ahora no —le explicó el señor Wonka—. No pesa usted absolutamente nada.

Los tres ancianos, el abuelo George, la abuela Georgina y la abuela Josephine, intentaban desesperadamente volver a la cama, sin conseguirlo, ya que esta flotaba en el aire. Ellos, por supuesto, también flotaban, y cada vez que lograban ponerse encima de la cama e intentaban acostarse, simplemente se elevaban flotando. Charlie y el abuelo Joe se morían de risa.

—¿Dónde está el chiste? —preguntó enfadada la abuela Josephine.

—Por fin hemos conseguido que salgáis de la cama —se rio el abuelo Joe.

—¡Callaos y ayudadnos a volver! —ordenó la abuela Josephine.

22 —Olvidenlo —pidió el señor Wonka—. Nunca lo conseguirán. Confórmense con flotar.

—¡Este hombre está loco! —gritó la abuela Georgina—. ¡Tened cuidado, o nos *lixivará* a todos!